

Triste regreso

"Tened todos los hijos que queráis. Conquistaremos tantas tierras que aún os faltarán hijos para poblarlas." En esta forma habló Mussolini, y cumplió lo prometido, conquistando Abisinia. ¡Fuera los negros! No necesitan tierras. Creo que ni comen. Miles de italianos partieron alegremente hacia las nuevas tierras. Allí había para todos; basta ya de peleas por el mismo trabajo y por el mismo pedazo de pan. El Duce había cumplido; ellos también: tenían hijos hasta para regalar.

Pero, por un motivo o por otro, ya había pasado el tiempo, triste tiempo, en que una nación podía, aun manchando para siempre su historia, matar negros, amarillos o blancos y apoderarse de sus tierras. Y un día, con estupefacción y quizá con ira, los colonos italianos de Abisinia tuvieron que abandonar aquellas tierras y retornar a la suya. No había más tierra; no había más que hijos. ¿Qué harían con ellos? El Duce proveería, pero, a poco andar, el Duce no tuvo tierra ni para sí mismo.

No eran, sin embargo, ni serán -- así lo esperamos --, los últimos que debían abandonar tierras que el imperialismo había quitado a otros. Desde Estocolmo se anuncia ahora que, según informaciones venidas de Berlín, Hitler ha completado la evacuación de ciento cuarenta mil alemanes que colonizaban Ucrania meridional. Y estos colonos alemanes no han tenido la misma sino peor suerte que aquellos italianos: su evacuación debió realizarse en invierno, en medio de las violentas tempestades de nieve del noreste de Europa, debiendo recorrer, en malas condiciones y hasta llegar a la ciudad de Lodz, en Polonia, mil quinientos kilómetros.

Duro e inhumano debería ser el corazón de quien se gozara con la desilusión y el sufrimiento de esos hombres. Alemanes o italianos, chinos o suecos, judíos o cristianos, japoneses o paraguayos, ¿qué más da? El dolor es igual para todos los hombres, así como igual es la alegría. Pero esto, claro está, lo sabe muy poca gente, tan poca que no es de extrañar que aquellos alemanes y esos italianos lo ignorasen. Si todos los hombres nos

sintiéramos dominados por ese sentido humano de la fraternidad en el dolor y en la alegría, los caudillos no encontrarían ya quienes les ayudasen a arrebatarse tierras ajenas, por muy ricas que fuesen. Hay otros caminos, más lentos pero más seguros.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©